

Maipú está cada vez más raro. Nélica me dice que hasta en San Luis hay chicos raros por culpa de la internet. Pasan en la Galería Sananes. Vos te habrías aburrido en San Luis, habrías dicho que te quedaba chico.

No, no creo.

Hablando de gente rara, perdida, ¿te acordarás de Arturito, el gordito cojo feo con acné y los dientes de conejo de la esquina de Riesco con Baquedano? Ahora habla en la radio y es DJ. Se jura mejor. Me compraba rímel ese. Ivo también se pintaba los ojos. Rarito. Raquítico. ¿No come? ¿No tiene madre acaso? Mucha música inglesa, calcetines color neón, esas chapitas. Le falta una novia a ese Ivo. Alguien que lo cuide. Ojalá no se mate ese chico. Va mucho al cine, eso no es bueno. Debería tomar más aire fresco.

Trabaja en un cine. *Trabajaba*. En el mall. Ahora no sé. Se fue a Santiago. Se perdió. A veces lo veo en Messenger.

Todos los chicos puros son abducidos por la ciudad grande. Qué pena feroz, hijo. Qué pena me embarga cuando pienso en eso: los crían y los abandonan. Estas mujeres lo desean todo y dejan a sus críos de lado. ¿Para qué los tuvieron entonces? ¿Qué tiene Santiago que no tenga Maipú?

¿De verdad, madre?

¿Qué? ¿Decime?

No te hagas la boluda, no te viene. No es un suburbio, no es periferia. Santiago es el centro del centro. Allá pasan cosas.

En Maipú también, pero no salimos en el diario, excepto si es por algo violento. Yo, insisto, tomé la decisión correcta. La casa cerca del Hipódromo que vi era gótica y nosotros somos clase media alta. Y era un poco grande. Con altillo, sótano. Muchos cuartos. Había casas así en San Luis. Con muros curvos, como barcos. No me gustan. Para qué tanto cuarto si somos solo los dos. Pero, en realidad, lo que me decidió fue el nombre de la calle.

A mí me parece kitsch, aspiracional, muy wannabe.

Hablá mi idioma, tarado. No es fácil comprar una casa, apostar por el futuro. Y sin nadie, che. Sin madre, sin hermanas, amigas.

Sin marido.

Exacto.

Porque tú no quisiste.

No quise, así es. ¿Algún problema? ¿Qué sabés vos, además? No me iba a casar con alguien que no amaba.

¿Te refieres a mi padre?

No, hablo en general. En cualquier caso, ese no existe. Hubo espermios, Bruno, el resto lo hice yo. Era mi vida, mi cuerpo.

Eso no me queda tan claro. Es *mi* vida también.

No, era mía, yo te hice. Yo te concebí. Sin mí, Bruno, ¿dónde estarías? Decime. ¿Vos pensás que ese tiene algo que ver?

Ese. El innombrable.

Así es: el innombrable.

¿Viste lo bronceados que están esos dos? ¿Usarán loción auto-bronceante? Yo vendo mucho, eh. En los ochenta la gente se quemaba, ya no. Mirá, pero mirá, parecen pollos de rotisería. Qué

afán de querer quedar color caramelo. Parecen calugas. Ponete a la sombra, Bruno. ¿No vas a tomar?

No todavía, quizás después. Cuando caiga el sol.

Yo sí. Una piña colada y que sigan. Amo los ananás. Estoy de vacaciones, gracias. Me lo merezco, me merezco todo excepto tu desprecio. Ay, qué lindas son estas pulseras que nos pusieron. Me las voy a llevar de recuerdo. ¿Te animás a tomar unas clases de lambada?

No.

En el taller estamos leyendo *El roto*, no creo que la hayas leído, es buena, léela. Bueno, la cosa es que la novela plantea que a veces las personas no somos más que nuestras raíces, que ahí radican todas las historias, y que por eso repetimos el destino de nuestros antepasados sin salvación. Quizás escriba algo de eso en mi blog. Aunque, mejor no, para qué...

Y, a propósito, no me simpatiza el nombre de tu blog. No me parece divertida la ironía. Tampoco me gusta nada esa obsesión tuya con el taller, te confieso. Puros cuenteros, chismeros, pura chusma necesitada de hablar y ser oída. Conocí a gente así en Santiago. Por eso te rescaté y te llevé al futuro, a Maipú. Las élites ya tuvieron su momento, che.

Una amiga del taller, Valeria, dice que la literatura de los hijos, en el fondo, es acerca de los progenitores.

Decile a esa gorda que se lave la concha. ¿Tiene hijos esa escribana?

No. No cree en ellos. Tiene un manifiesto contra los hijos que quiere publicar.

Entonces que la descarriada se calle. Tener un gato no es lo mismo que tener un hijo. Perdoná la franqueza. Un nene te cambia todo, Bruno. Se deja de ser libre.

¿Por qué presumes que Valeria tiene gatos?

¿Y no los tiene acaso?

Tiene uno, parece...

Y, ahí tenés...

Oye, entonces, si yo no estuviera, podrías hacer lo que te diera la gana.

Ya no tengo ganas, Bruno.

Cuando yo me vaya, podrías vivir en Acapulco, en Miami, en Río o Florianópolis.

Pará. Vos sabés que detesto Brasil, sobre todo a los brasileños. Tantos hijos. O los que viajan. A Buenos Aires, dicen, ya no se puede ir. Van en hordas a lucir sus parcas. Qué feo idioma es el portugués. Qué agotadores que son.

Entonces te podrías ir a España. Málaga, Almería, Ibiza. Menorca. O a Ushuaia incluso. Estarías libre, gozando el sol, sin mí.

No estoy haciendo ningún sacrificio. No necesito ser libre, Bruno. ¿Entendés? ¿Para qué quiero estar acompañada? ¿Para qué? ¿Decime? Ya lo he estado. Tampoco ya necesito hombres. Con vos somos más que dos. Como esa canción. ¿O es un poema?

Si yo no estuviera, podrías viajar más.

Yo más adelante seré abuela. ¿O seré una de esas madres que esperan eternamente que las llamen sus hijos del extranjero? ¿Sabés que te pude abortar con una doctora que atendía en Luján? Si vos estás es porque yo quise, Bruno. Recordá eso siempre. Me quedé en Santiago. Punto. ¿Tenés algún problema con eso, pibe?

Diría que sí. Fuiste egoísta.

Vos lo sos. Te tuve, te crie. Dejá de hablar pavadas. No seas pelotudo. Sin mí no estarías y mirá qué triste sería todo. Podés herir, nene. Tenés la capacidad de destrozar con tus palabras. Tené cuidado o te vas a quedar solo.